

gins se detuvo para tomar aliento, se precipitó sobre él, arrancó el vaso de sus manos, le arrojó al rostro el resto del grog, lanzó el vaso en la chimenea, y agarrando por el cuello al reverendo gentleman, le aplicó violentamente un serie de puntapiés detrás del faldón de la levita, acompañando cada aplicación de su bota con enérgicos é incoherentes anatemas sobre toda la persona del aturdido pastor.

—Sammy, — dijo deteniéndose un momento, — méteme bien el sombrero.

Como hijo sumiso, Sam hundió el sombrero paternal, adornado de la larga banda de crespón, y el bravo cochero, volviendo á su ocupación más activamente que nunca, atravesó con Stiggins por el mostrador, á través del pasillo, á través de la puerta de la calle y llegó á la calle misma, continuando las aplicaciones del pie durante todo lo largo del camino, y su violencia, lejos de disminuir, parecía aumentarse todavía cada vez que la bota se levantaba.

Era un soberbio y regocijador espectáculo ver al hombre de la roja nariz, cuyo cuerpo temblaba de angustia, revolverse entre las garras de Mr. Weller, entre tanto que los puntapiés se sucedían furiosamente. Pero el interés redobló cuando el poderoso cochero, después de una lucha gigantesca, hundió la cabeza de Mr. Stiggins en un pilón lleno de agua, y allí la tuvo sumergida hasta que estuvo casi sofocado.

—¡Vaya! — dijo al fin permitiendo al reverendo retirarse la cabeza del agua y poniendo al mismo tiempo toda su energía en un último puntapie. — Enviadme aquí algunos de vuestros perezosos pastores, y yo los haré gelatina y los desgelatinaré en seguida. Sammy, dame el brazo, échame un vaso de aguardiente, estoy sin aliento, jovencito mío.

CAPITULO LIII

Comprende la suerte final de MM. Jingle y Job Trotter, junto con una mañana de grandes negocios en Gray's Inn Square, terminada con un doble golpe dado á la puerta de mister Perker.

Quando Mr. Pickwick, después de prudentes preparaciones y numerosas seguridades de que no había motivo para perder las esperanzas, relató á Arabella el resultado poco satisfactorio de su visita á Birmingham, ella derramó copiosas lágrimas y se quejó en términos enternecedores de ser un desgraciado objeto de discordia entre el padre y el hijo.

—Querida niña, — dijo Mr. Pickwick con bondad, — todo no es falta vuestra; era imposible prever que el viejo Winkle estaría tan fuertemente prevenido contra el matrimonio de su hijo. Estoy seguro, — dijo mirando su bonita cara, — que él no comprende todo el placer que rehusa.

—¡Oh! mi querido señor Pickwick, — replicó Arabella; — ¿qué haremos si continúa enfadado con nosotros?

—Esperemos pacientemente que se tranquilice, querida niña, — replicó el excelente hombre con tono conciliante.

—Pero, querido señor Pickwick, ¿qué será de Nathaniel si su padre le niega la asistencia?

—En ese caso, querida jovencita, yo apostaría cualquier cosa á que él encontrará algún amigo que le ayude á hacer su camino en el mundo.

La significación de esta respuesta no era tan obscura que Arabella no la comprendiese; así, echando sus brazos al cuello de Mr. Pickwick, le abrazó tiernamente y sollozó con todas sus fuerzas.

—Vamos, — dijo él tomando sus manos, — nosotros esperaremos todavía algunos días y veremos si escribe ó si da alguna otra respuesta á la carta de vuestro marido. Si no recibimos contestación, tengo en la cabeza una docena de planes, de los cuales, uno solo bastaría

para haceros felices al momento. Ya veréis, querida mía, ya veréis.

Y diciendo estas palabras, Mr. Pickwick apretó suavemente la mano de Arabella y la dijo enjugase sus lágrimas para no atormentar á su marido. Bien pronto la joven siguió el consejo, pues era la mejor criatura del mundo, y cuando guardó su pañuelo y llegó Mr. Winkle, este encontró en su fisonomía la misma graciosa sonrisa y las mismas brillantes miradas que originariamente le cautivaron.

—Véase que situación tan aflictiva para esos chicos, — pensó al vestirse al día siguiente por la mañana. — Voy á ir á casa de Perker para consultarle este asunto.

Como además él tenía grandes deseos de ir á casa del bueno aunque pequeño abogado, para arreglar sus cuentas con él, almorzó deprisa y ejecutó sus intenciones tan rápidamente, que eran necesarios diez minutos todavía para que diesen las diez cuando llegó á Gray's Inn.

No habían llegado aún los dependientes, y el excelente Mr. Pickwick se encontraba en el patio á que daban las habitaciones de Perker; para pasar el tiempo se puso á la ventana.

El tan celebrado sol de una bella mañana de octubre parecía alegrar un poco hasta á las mismas casas viejas, y aún algunas de las carcomidas ventañas se mostraban casi regocijadas, gracias á la influencia de sus rayos.

Los pasantes de abogado llegaban por las diversas puertas, se precipitaban los unos después de los otros en el patio, y mirando el reloj, disminuían ó apresuraban el paso según la hora á la cual debía abrirse el despacho; las gentes de nueve y media llegaban con gran apresuramiento, y los gentleman de las diez marchaban con aristocrática lentitud. El reloj dió las diez, y la ola de los dependientes se aumentaba con más viveza que nunca, llegando cada uno de ellos con más transpiración que su predecesor. El ruido de puertas que se abrían y cerraban resonaban por todos lados; las cabezas aparecían como por encanto en las ventanas; los comisionistas, en su plaza del día; las mujeres de las casas, en chancas, se retiraban precipitadamente; el cartero corría de casa en casa, y toda la colmena legal se mostraba llena de agitación.

—Bien temprano os vemos por aquí, señor Pickwick, — dijo una voz detrás de nuestro sabio amigo.

—¡Ah! ¡ah! ¡señor Lowten! — replicó Mr. Pickwick volviéndose.

—Hace un bonito calor al andar, — dijo Lowten sa-

cando del bolsillo una llave Bramah, provista de un pequeño aparato, para impedir la entrada al polvo.

—Parece que vos lo habéis sentido, — dijo Mr. Pickwick al pasante, que estaba más rojo que un cangrejo.

—He venido bastante de prisa. Eran las nueve y media cuando yo atravesaba el polígono; pero como he llegado antes que él, ya eso me es indiferente.

Consolado por esta reflexión, Mr. Lowten manejó el resorte de su llave, abrió la puerta, volvió á arreglar su llave, la guardó, recogió las cartas que el cartero había echado por el buzón, é introdujo á Mr. Pickwick en su gabinete. Allí, en un cerrar de ojos, se despojó de su levita, sacó de un pupitre y se puso un vestido rapado y liso por el uso, colgó su sombrero, cogió unas hojas de papel cartón dispuestas por clases alternativas con hojas de papel común, y poniendo su pluma sobre la oreja, frotóse las manos con aire de gran satisfacción.

—Ya véis, señor Pickwick, vedme ya completamente listo. Tengo el traje de oficina; el establecimiento está abierto; ya puede venir cuando quiera y lo más pronto posible. ¿No tiene usted un polvo de tabaco que ofrecerme?

—Desgraciadamente no tengo.

—¡Tanto peor! Pero es igual, voy corriendo á buscar una botella de soda Water. ¿Tengo yo algo de feo en los ojos, señor Pickwick?

Consultado el filósofo, examinó desde cierta distancia los ojos de Mr. Lowten, y expresó su opinión de que aquellos no tenían más de feo que lo ordinario.

—Eso me tranquiliza, — repitió el poseedor de los ojos. — Nosotros no hemos pasado mal la noche pasada en la *Cepa*, y yo me siento muy divertido hoy. A propósito, señor Pickwick, Perker se ocupa de vuestro asunto.

—¿Qué asunto? ¿las costas de mistress Bardell?

—No, el asunto del deudor de quien hemos comprado las deudas, de orden vuestra, con un descuento del cincuenta por ciento. Perker le sacará de la prisión y le enviará á Demerary.

—¡Ah! Mr. Jingle, — dijo vivamente Mr. Pickwick. — ¡Y bien!

—Y bien, todo está arreglado, — respondió Lowten cortando al mismo tiempo una pluma. — El agente de Liverpool ha dicho que estaba agradecido de vos por más de una vez, de cuando estábais en negocios, y que él lo tomaría por vuestra recomendación.

—Muy bien, — respondió Mr. Pickwick: — me encanta eso.

—Pero, — dijo Lowten raspando otra pluma con el dorso de la cuchilla antes de cortarla; — ¿el es bona-

chón?

—¿Cuál otro?

—¡Eh! ¿pero el criado ó el amigo?... Vos sabréis bien... Trotter.

—¡Bah! — exclamó Mr. Pickwick con una sonrisa; — siempre he pensado de él lo contrario.

—¡Pues bien! yo lo mismo, apesar de lo poco que le he tratado. Eso muestra solamente cómo puede uno equivocarse. ¿Qué diríais vos, si él va también á Demerary?

—¿Qué? ¿renunciaria á lo que aquí se le ofrece?

—El ha recibido con indiferencia el ofrecimiento que le hizo Perker de diez y nueve shillings por semana, con aumento, si se portaba bien. Dice que no puede separarse del otro. Ha persuadido á Perker para que escriba sobre nuevas costas, y se le ha encontrado alguna cosa sobre la misma propiedad... un poco menos ventajosa que lo que obtendría un convicto en la nueva Gales del Sur, si pareciese ante el tribunal con vestidos nuevos.

—¡Qué locura! — exclamó Mr. Pickwick, cuyos ojos brillaban; — ¡qué locura!

—¡Oh! es peor que la locura; es un averdadera bajeza, como véis, — replicó Lowten cortando la pluma con aire despreciativo. — Dice que es el único amigo que na tenido en su vida, y que le permanecerá fiel, y todo como esto. La amistad, sin duda alguna, es una cosa buena, en su género. Por ejemplo, después de nuestro grog, somos muy buenos amigos todos en la *Cepa*, donde cada uno paga su escote. Pero que el diablo cargue con el que se sacrifica por otro; ¿no es cierto? Un hombre no debe tener más que dos cariños; el uno por el primero de los pronombres personales, y el otro por las mujeres en general; ese es mi sistema: ¡ja! ¡ja!...

Mr. Lowten concluyó esta profesión con una carcajada ruidosa, mitad de regocijo, mitad irónica; pero que fué cortada por el ruido de los pasos de Perker en la escalera. Al oír que se aproximaba, el pasante se lanzó á su silla con notable agilidad y se puso á escribir activamente.

Los saludos que cambiaron Mr. Pickwick y su consejero legal fueron muy cordiales y calurosos; pero apenas el cliente se había lanzado en el sillón del abogado, cuando se oyó un golpe en la puerta y una voz que preguntaba si Perker estaba visible.

—Escuchad, — dijo el pequeño señor, — es uno de nuestros vagabundos: el mismo Jingle, mi querido señor, ¿queréis verle?

—¿Qué creéis debo hacer? — preguntó Pickwick dudando.

—Pienso que sí; vamos, señor... es una cosa... en-

trad.

Obedeciendo á esa familiar invitación, Jingle y Job entraron en la habitación; pero al ver á Mr. Pickwick, se detuvieron confusos.

—Bien, — dijo Perker; — ¿conocéis á este caballero?

—Buenas razones para ello, — replicó Jingle adelantándose. — Mr. Pickwick, las más grandes obligaciones, salvada la vida, vuelto á flote. Jamás tendréis porque arrepentiros, señor.

—Tengo mucho gusto en oiros lo que decís, — respondió Mr. Pickwick; — tenéis mejor porte.

—Gracias á vos, señor; gran cambio, la prisión de Su Majestad, malsana, muy malsana, — dijo Jingle bajando la cabeza.

El estaba limpio y decentemente vestido, lo mismo que Job, que estaba de pié detrás de él, mirando fijamente á Mr. Pickwick con impúdica fisonomía.

—Cuándo salen para Liverpool? — preguntó Mr. Pickwick á su abogado.

—Esta tarde, caballero, á las siete, — dijo Job avanzando un paso, — por la gran diligencia de la ciudad, señor.

—¿Están tomados los asientos?

—Sí señor.

—¿Y vos estáis completamente decidido á partir?

—Completamente, caballero.

—En cuanto al equipo de Jingle, — dijo Perker en alta voz dirigiéndose á Mr. Pickwick, — yo me he cuidado de hacer un arreglo para deducir cada tres meses una pequeña suma de su salario, para reembolsarnos del dinero que hemos tenido que adelantarle. Yo desapruébo altamente hagáis por él alguna cosa que él no reconozca por sus propios esfuerzos y buena conducta.

—Ciertamente, — interrumpió Jingle con firmeza. — Espiritu justo, hombre de mundo, tiene razón, perfectamente razón.

—Pagando á sus acreedores, retirando sus vestidos del empeño, manteniéndole en la prisión, pagando el precio de su pasaje, — continuó Perker sin ocuparse de la observación de Jingle, — vos habéis ya perdido más de cincuenta libras.

—¡No perdidas! — gritó Jingle precipitadamente, — todo será devuelto. Yo trabajaré como un caballo hasta el último suspiro. La fiebre amarilla, puede ser... eso no puede impedirse... si no...

Jingle se detuvo, y dando en el fondo del sombrero con violencia, pasó su mano por los ojos y se sentó.

—El quiere decir, — añadió Job adelantándose algu-

nos pasos, — él quiere decir que si la fiebre amarilla no se lo lleva, que pagará todo el dinero. Si él vive, él lo hará, Mr. Pickwick; si vive, lo hará, señor Pickwick; yo no lo dejaré de la mano; estoy seguro que lo hará, caballero, — repitió Job con mucha energía; — no tendría inconveniente en jurarlo.

—Bien, bien, — dijo Mr. Pickwick, el cual, para detener la enumeración de sus beneficios, había hecho al abogadito una docena de señas que este se había obstinado en no ver. — Os comprometo únicamente á que juguéis con más moderación á la cruz, señor Jingle, y á no renovar vuestras relaciones con sir Thomas Blags. Por tal medio no dudo que conservaréis vuestra salud.

Mr. Jingle se sonrió con tal ocurrencia, pero al mismo tiempo estaba como cortado, por lo que Mr. Pickwick cambió de conversación diciendo:

—¿Sabéis lo que ha sido de uno de vuestros amigos, un infeliz á quien he visto en Rochester?

—¿Jemmy el lúgubre? — preguntó Jingle.

—El mismo.

—Valiente pillo, — dijo Jingle moviendo la cabeza, — vaya un mozo, genio mistificador, hermano de Job.

—¡Hermano de Job! — exclamó Mr. Pickwick. —

Es verdad, ahora mientras más lo reparo, más semejanza encuentro.

—Siempre se ha encontrado semejanza entre nosotros, dijo Job con cierta malicia en los ojos, solamente que yo soy de un carácter serio y él es todo lo contrario. Ha emigrado á América, señor, porque se ocupaban mucho de él en este país. Después no hemos oído hablar de él.

—Eso me explica por qué no me ha pagado aún la novela de la vida real, que me había ofrecido una mañana sobre el puente de Rochester, donde él parecía meditar un suicidio. ¿Debo dispensarme de preguntar si su lúgubre conducta era natural ó afectada? — continuó Mr. Pickwick sonriendo.

—El sabía hacer todos los papeles, señor, y vos debéis consideraros como muy feliz de haberle escapado tan fácilmente. Ese hubiera sido para vos un conocimiento todavía más peligroso que...

Job miró á Jingle, dudó y añadió friamente.

—Que... el mío.

—Sabéis que vuestra familia daba grandes esperanzas, señor Trotter, — dijo el abogado cerrando una carta que acababa de escribir.

—Es verdad, señor, muchas.

—Espero que vos las deshonráis, — dijo Perker riendo. — Dad esa carta al agente cuando llegéis á Liverpool, y permitidme aconsejaros que no seáis tan hábi-

les en América. Si perdéis esta ocasión de rehabilitaros, merecéis ser ricamente colgados los dos, como espero devotamente que sucederá; entre tanto, podéis dejarme solo con Mr. Pickwick, porque tenemos varios asuntos que terminar y el tiempo es dinero.

Al decir esto, Mr. Perker miraba á la puerta con el deseo de abreviar todo lo posible la despedida.

Ellos fueron bastante breves, sobre todo Jingle. El dió las gracias al pequeño abogado en cortas y precipitadas palabras por la bondad y prontitud que había desplegado en socorrerlos; luego volviéndose á su bienhechor permaneció inmóvil algunos segundos, como incierto de lo que debía hacer ó decir. Job Trotter concluyó su perplejidad, porque haciendo un humilde y agradecido saludo á Mr. Pickwick, tomó dulcemente por el brazo á su amigo y le llevó fuera de la habitación.

—¡Digno duo! — dijo Perker cuando la puerta se cerró detrás de ellos.

—Yo espero se enmendarán, — replicó Pickwick. — ¿Qué pensáis de ello? ¿no hay probabilidades de enmienda?

Perker se encogió de hombros, pero observando el aire descorazonado de Mr. Pickwick, respondió:

—Necesariamente, hay alguna probabilidad; espero que será buena. Evidentemente están arrepentidos; pero como vos sabéis muy bien, están recientes aún los recuerdos de sus sufrimientos. Lo que ellos harán cuando esos recuerdos se borren, es un problema que ni vos ni yo podemos descifrar. Entre tanto, mi querido amigo, — añadió poniendo su mano en el hombro de Mr. Pickwick, — vuestra acción es igualmente honrosa, cualquiera que sea el resultado. Yo dejo á cabezas más hábiles que la mía el cuidado de decidir si esa especie de caridad tan clara, y que rara vez tiene lugar por el temor de ejercerla fuera de propósito, es una caridad real ó una mundana falsedad de la caridad. Pero aunque esos dos tontos cometiesen mañana un robo, mi opinión sobre vuestra conducta sería la misma.

Después de concluido este discurso, pronunciado con más animación que la que acostumbra los hombres de negocios, aproximó su silla al despacho y escuchó la relación que le hizo Mr. Pickwick de la obstinación del viejo Winkle.

—Esperad una semana, — dijo con cierto aire profético.

—¿Creéis que se rendirá?

—Yo, sí; por otra parte bueno será ensayar los medios de persuasión de la joven señora, y por ahí debéis haber principiado.

Mr. Perker tomaba un polvo de tabaco con algunas contorciones de fisonomía algo grotescas, en honor del poder persuasivo de las jóvenes, cuando se oyó en la primera habitación un murmullo de preguntas y respuestas; después de un momento, Lowten tocó á la puerta.

—Entrad, — dijo el pequeño.

El pasante entró y cerró la puerta tras de sí con aire misterioso.

—¿Qué es lo que hay? — le dijo Perker.

—Preguntan por vos, señor.

—¿Quién?

Lowten miró á Mr. Pickwick, é hizo oír una ligera tos.

—¿Quién pregunta por mí? ¿Qué tenéis que no podéis hablar, señor Lowten?

—¡Eh!... pero... señor... MM. Dodson y Fogg.

—¡Pardiez! — exclamó el abogado mirando su reloj; — yo les he citado á las once y media para terminar vuestro asunto, Pickwick. Esto es embarazoso; ¿qué haréis, querido señor? ¿Queréis pasar á la habitación vecina?

La habitación vecina era precisamente en la que estaban Dodson y Fogg. Mr. Pickwick, replicó con animado continente y grandes muestras de indignación que él quería permanecer donde estaba, en atención á que Dodson y Fogg debían tener vergüenza de presentarse á él, pero que él á su vez podía mirarles cara á cara sin ruborizarse, circunstancia que rogaba á Mr. Perker que observase.

—Muy bien, querido amigo, — dijo Perker; — sólo os diré solamente que si esperáis á que Dodson ó Fogg den muestras de vergüenza ó confusión delante de alguien ó de vos, si tal esperáis, sois el hombre más joven que he visto nunca. Hacedlos entrar, señor Lowten.

Lowten desapareció riendo sin ruido, y volviendo bastante pronto, introdujo formalmente á los dos asociados, Dodson primero y Fogg detrás.

—¿Vosotros conoceréis ya á Mr. Pickwick, según creo? — dijo Perker inclinando la pluma en la dirección en que el filósofo estaba sentado.

—¿Cómo estáis, señor Pickwick? — gritó Dodson con vibrante voz.

—¡Eh! ¡eh! ¿cómo os encontráis, señor Pickwick? — repitió Fogg aproximando su silla y mirando en derredor sonriendo. — ¿Espero que estaréis bien esta tarde? Yo bien que conocía vuestra cara.

Mr. Pickwick inclinó muy ligeramente la cabeza en respuesta de los saludos, y viendo que Fogg sacaba un paquete del bolsillo, se levantó y se retiró á la ventana.

—No hay necesidad de que Mr. Pickwick se moleste, señor Perker, — dijo Fogg desatando el cordón rojo que rodeaba el paquete, y sonriendo de la manera más agradable. — Mr. Pickwick conoce ya este asunto. No hay secretos entre nosotros; así lo espero. ¡Jel! ¡je! ¡je!

—No; no hay ninguno casi, — añadió Dodson; — ¡ja! ¡ja! ¡ja! — y los dos socios se pusieron á reír ruidosamente, como se hace por lo regular siempre que se va á recibir dinero.

—Mr. Pickwick ha comprado bien el derecho de enterarse, — continuó Fogg con espiritual tono. — El total de la suma llega, señor Perker, á ciento treinta y tres libras esterlinas y cuatro peniques.

Perker y Fogg se ocuparon entonces en comparar papeles, volver hojas, y durante este tiempo, Dodson dijo á Mr. Pickwick con afable manera.

—No tenéis tan sólido continente como la última vez que tuve el gusto de veros, señor Pickwick.

—Es muy posible, — replicó nuestro héroe, que había lanzado á los dos hábiles prácticos mil miradas de indignación, sin que produjesen el más ligero efecto. — Es muy probable. Yo he sido perseguido y atormentado últimamente por bribones.

Perker tosió violentamente y preguntó á Mr. Pickwick si quería leer el periódico; pero éste se negó decididamente.

—Efectivamente, — dijo Dodson, — yo apostaría que habéis sido atormentado en la prisión. Hay allí muy malas gentes. ¿Dónde estaba vuestro cuarto, señor Pickwick?

—En el piso del café.

—¡Oh! es cierto, es la parte más agradable del establecimiento.

—Muy agradable, — dijo Pickwick secamente.

La sangre fría de ese miserable era capaz de irritar al más paciente. Mr. Pickwick contenía con violentos esfuerzos su cólera; pero cuando Perker hubo escrito un mandato por la suma, y Fogg le puso en su cartera con triunfante sonrisa, que se comunicó igualmente á Dodson, él sintió que la sangre se le subía á la cabeza, hiriéndole de indignación.

—Vamos, señor Dodson, — dijo Fogg satisfecho con el mandato que llevaba en el bolsillo y poniéndose los guantes, — estoy á vuestras órdenes.

—Muy bien, — respondió Dodson levantándose; — yo estoy á las vuestras.

—Tengo una gran satisfacción, — replicó con grata sonrisa Fogg, — en haber conocido á Mr. Pickwick. Espero, caballero, que no tendréis tan mala opinión de nos-

otros como la primera vez que tuve el gusto de encontrarlos.

— Espero que no, — añadió Dodson con el tono elevado de virtud calumniada. — Ya nos conocéis mejor, señor Pickwick; y cualquiera que sea la opinión que tengáis de los caballeros de nuestra profesión, os ruego creáis, señor, que no conservo rencor alguno por los sentimientos que expresasteis en nuestra oficina en la circunstancia á que hace referencia mi colega.

— ¡Oh! no, no, — dijo Fogg lleno de cristiana caridad.

— Nuestra conducta, señor, — continuó el otro asociado, — hablará por sí misma y nos justificará en todas ocasiones. Nosotros, hace muchos años que ejercemos, señor Pickwick, y tenemos la confianza de multitud de clientes honorables. Os deseo prosperidad, caballero.

— Prosperidad, señor Pickwick, — dijo Fogg, — y hablando así, puso su paraguas bajo el brazo, quitó el guante de la mano derecha, y tendió al filósofo indignado una mirada conciliadora. Este cerró sus puños en el fondo de sus bolsillos, y lanzó al abogado miradas llenas de despreciativa sorpresa.

— ¡Lowten! — gritó en el mismo instante Mr. Perker; — ¡abrid la puerta!

— Esperad un momento, — dijo Mr. Pickwick. — Yo quiero hablar, Perker.

— Querido amigo, — le contestó éste, que durante la entrevista había estado sumamente excitado de los nervios; — querido amigo, ya se ha dicho bastante sobre ese asunto. Quedemos así, yo os lo suplico, señor Pickwick.

— Señor, — dijo Pickwick con vivacidad, — ¡no quiero que se me haga callar! Señor Dodson, me habéis dirigido algunas observaciones...

Dodson se volvió, bajó dulcemente la cabeza, y sonrió.

— Me habéis dirigido alguna observación, — repitió Mr. Pickwick casi fuera de aliento, — y vuestro asociado me ha tendido la mano, y ambos habéis tenido conmigo cierto tono de generosa magnanimidad. Ese es un exceso de imprudencia, que ni aún de vosotros se podía esperar.

— ¿Cómo, señor? — gritó Dodson.

— ¿Cómo, señor? — repitió Fogg.

— ¿Sabéis que he sido víctima de vuestros pérfidos complots? ¿sabéis que soy el hombre que habéis preso y robado? ¿sabéis que érais los abogados contrarios en la causa Bardell y Pickwick?

— Sí señor, lo sabemos, — dijo Dodson.

— Necesariamente lo sabemos, — añadió Fogg, — aunque puede sea por azar.

— Veo lo recordáis con placer, — repuso mister Pickwick, ensayando por primera vez en su vida á producir una sonrisa amarga, y ensayándolo apesar de todo en vano. — Aunque he deseado deciros hace mucho tiempo en términos netos y claros, cuál es mi opinión sobre vuestra conducta, hubiera dejado pasar esta ocasión por deferencia á mi amigo el señor Perker, sin el tono inexcusable que habéis tomado y sin vuestra insolente familiaridad. ¡Y digo insolente familiaridad! — repitió mister Pickwick volviéndose hacia Fogg con tal vivacidad, que éste se retiró hasta la puerta.

— Tened cuidado, caballero, — gritó Dodson, — que aunque más grande y grueso, se había prudentemente colocado detrás de Fogg, y que hablaba por encima de la cabeza de su asociado con una cara sumamente pálida. — Dejaos maltratar Fogg; no le devolváis ninguno de sus golpes por ningún motivo.

— No, no, no se los devolveré, — decía Fogg reculando con gran gusto de su colega, que así iba llegando al exterior.

— Sois, — continuó Pickwick, — sois un par de truhanes, bribones y viles ladrones...

— Bien, — dijo Perker; — ¿eso es todo?

— Todo se resume en eso, — continuó Mr. Pickwick. — ¡Sois viles, indecentes, ladrones!

— Bien, bien, — dijo Perker con tono conciliador. — Queridos señores, él ha dicho todo lo que tenía que decir. Os ruego os marchéis. Lowten, ¿la puerta está abierta?

Mr. Lowten, que reía en silencio, respondió afirmativamente.

— Vamos, vamos; adiós, adiós; vamos, queridos señores, señor Lowten; ¡la puerta! — gritaba el bueno del abogado, empujando á Dodson y á Fogg fuera del despacho. — Por aquí, queridos señores. Terminemos esto, yo os ruego. ¡Qué diablo! señor Lowten, ¡la puerta! ¿Por qué no los conducís?

— Si hay justicia en Inglaterra, — dijo Dodson poniéndose el sombrero y mirando á Mr. Pickwick, — vos nos pagaréis esto.

— ¡Sois un par de ladrones!

— ¡Recordad que nos las pagaréis bien! — gritó Fogg agitando su puño.

— ¡Enredadores! ¡pícaros! ¡ladrones! — continuó mister Pickwick sin cuidarse de las amenazas que se le dirigían.

— ¡Ladrones! — gritó corriendo por el patio mientras

que los dos abogados bajaban.

— ¡Ladrones! — vociferó escapándose de las manos de Lowten y de Perker, y asomándose á la ventana de la escalera.

Cuando Mr. Pickwick se quitó de la ventana, su fisonomía estaba radiante, alegre y tranquila, y entrando en el despacho, declaró que había libertado á su conciencia de un gran peso, y que se encontraba entonces completamente dichoso.

Perker no dijo nada hasta que vació su tabaquera y envió á Lowten para llenarla; pero entonces le acometió un exceso de loca risa, que le duró cinco minutos, al cabo de los cuales hizo observar que debía incomodarse, pero que no podía pensar aun seriamente en el negocio, y que ofrecía enfadarse en cuanto le fuera posible.

— Entonces, — dijo Mr. Pickwick, — yo quisiera arreglar mi cuenta con vos.

— ¿Es de la misma manera que habéis arreglado la otra? — preguntó Perker empezando nuevamente á reír.

— No exactamente, — respondió el filósofo sacando su cartera y sacudiendo cordialmente la mano del abogado. — Quiero hablar solamente de nuestra cuenta pecuniaria. Vos me habéis dado muchas pruebas de amistad, que yo no podré pagar nunca, aunque tampoco lo deseo, porque prefiero seguir siendo vuestro obligado.

Después de este prólogo, los dos amigos se engolfaron en las más complicadas cuentas, que fueron regularmente expuestas por Perker, é inmediatamente saldadas por Mr. Pickwick, con muchas muestras de aprecio y estimación.

Apenas estaba terminada esta operación, cuando se oyó llamar á la puerta del patio de la manera más violenta y espantosa. No era un repique ordinario, sino una sucesión constante y no interrumpida de formidables golpes, como si el aldabón hubiera adquirido el movimiento continuo, ó como si la persona que lo agitaba se hubiese olvidado de concluir.

— ¡Ah! ¿qué es eso? — gritó Perker estremeciéndose.

— Yo creo que llaman á la puerta, — respondió mister Pickwick como si le pudiese quedar la menor duda de este hecho.

El aldabón contestó de un modo más enérgico que hubieran podido hacerlo las palabras, pues continuó golpeando sin un momento de reposo y con una fuerza y un ruido extraordinarios.

— Si esto sigue, — dijo Perker haciendo resonar su campanilla, — vamos á alborotar el barrio. Señor Lowten, ¿no oís que llaman?

— Voy al momento, señor, — replicó el dependiente. El aldabón pareció oír la respuesta, y como para asegurar que le era imposible esperar más tiempo, hizo un espantoso alboroto.

— Esto es insufrible, — dijo Perker tapándose las orejas.

Lowten, que se estaba lavando las manos en el gabinete negro, se precipitó hacia la puerta, y alzando el picaporte, se encontró en presencia de una aparición que será descrita en el capítulo siguiente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

●CAPITULO LIV

Año 1625 MONTERREY, MEXICO

Conteniendo algunos detalles relativos á los golpes del aldabón, así como otras diversas particularidades, entre las que figuran notablemente ciertos descubrimientos que conciernen á Mr. Snodgrass y á una señorita.

El objeto que se presentó á los ojos del dependiente era un muchacho de prodigiosa gordura, vestido con librea de lacayo, que estaba de pie ante la puerta, pero con los ojos cerrados como para dormir. Lowten no había visto jamás un muchacho tan gordo, y su corpulencia extraordinaria, unida al reposo completo de su fisonomía, tan diferente de la que se debía esperar de tan intrépido alborotador, le llenaron de asombro.

— ¿Qué queréis? — preguntó el dependiente.

El chico extraordinario no respondió una sola palabra, pero bajó la cabeza y Lowten creyó oírle roncar ligeramente.

— ¿De dónde venís? — repitió el dependiente.

El muchacho gordo respiró profundamente, pero no se movió.

El dependiente repitió tres veces sus preguntas, y no obteniendo respuesta alguna, se preparó á cerrar la puerta, cuando de repente el muchacho abrió los ojos, los guiñó muchas veces, estornudó y extendió la mano co-